

## **Sin firmar**

Nací de casualidad. Con líneas gruesas, a lápiz, me han trazado en una cuartilla. Mi cabeza es un círculo y dos puntitos en su interior me dotan de ojos y, en consecuencia, de vista. También me dibujan unos pies muy toscos con los que al menos podré caminar. En las manos se esmeran un poco más. No quedan perfectas, pero mejoran mi aspecto y hacen que los brazos no terminen en muñones. Cuando el lápiz va a dibujarme la boca o la nariz, no sé, lo retiran y me dejan de esta guisa.

Muevo los ojos y veo. Un tipo con greñas y mirada perdida sostiene la cuartilla en su mano. Estoy en el taller de un artista. Hay lienzos amontonados por todas partes. El suelo, lleno de manchas secas, parece una alfombra de colores. Tubos de pintura retorcidos, trapos, pinceles, botellas vacías e infinidad de cosas más, están de cualquier manera por cualquier sitio. En una de las paredes se abre un ventanal por donde la luz entra a raudales. Frente a él, un sillón de orejas invita a sentarse y a mirar los tejados de una gran ciudad.

De pronto, nos encontramos. Me hago el congelado de inmediato. Se sube la cuartilla a la altura de los ojos y me observa fijamente. No me pierde de vista, ni siquiera al girar la cabeza y dar un trago de una botella que sostiene con la otra mano. Su nariz casi me roza. Luego, estira el brazo para mirarme de lejos. Al final, escéptico, dobla la cuartilla por la mitad y la abandona en el cajetín de un caballete.

El dobléz me troncha la espalda. Despacio, empiezo a moverme hasta que consigo agarrar el borde del papel. De un empujón saco la cabeza y, poco a poco, el resto del cuerpo. Estoy tan cansado que apenas me puedo mover. Tumbado en el cajetín, voy recuperando fuerzas hasta que consigo ponerme en pie. En el sillón, el pintor apura la botella. A mi espalda, sobre el caballete, hay un lienzo que, como yo, está sin terminar. En él se representa un valle por el que baja un río de las montañas.

Me pregunto qué será de mí. No creo que él me dedique más tiempo. Acabaré en la basura. Debería esconderme. Y rápido. El único sitio que se me ocurre es el lienzo. Con valor y de un salto, me cuelo dentro. Aunque inacabado, este lugar es bellísimo. La superficie plana del cuadro se ha convertido, como por arte de magia, en un profundo valle. El paisaje, que no es más que una mezcla de colores, está lleno de vida. El agua tiene movimiento y mirando río arriba, las montañas se alzan majestuosas.

Tanta belleza me emociona, pero cuando me vuelvo y miro río abajo, me topo con el pintor. Me ha visto. En la mano sostiene la cuartilla extendida y vacía. Me congelo de nuevo mientras su mirada va y viene del papel hacia mí una y otra vez. Por último, cierra los ojos, como contando hasta tres, y yo aprovecho ese instante para salir corriendo y esconderme detrás de un árbol.

Desde allí, a hurtadillas, le observo. Me busca en el lienzo y en la cuartilla. Al final, la dobla y, de nuevo, la deja en el cajetín. Da un trago, niega con la cabeza y desaparece de mi vista.

Sentado en el suelo, apoyado en el árbol, con esta espalda que no es más que un trazo grueso, maldigo mi suerte. A medio dibujar y sin futuro. Y ahora, encima, me ha pillado dentro del lienzo. Tengo miedo. Si vuelvo a la cuartilla, se deshará de mí. Y puede que antes me quemé vivo.

Este lugar es muy silencioso. Aunque claro, sin orejas, cómo voy a oír. Necesitaría unas, pero ¿cómo hacer para que me las dibuje? De pronto, una brocha cargada de pintura pasa a mi lado. Con habilidad reparte su masa de color dando vida a todo lo que toca. Cuando el pincel se retira, aprovecho para salir de mi escondite e ir a coger un poco de óleo. Vuelvo a esconderme. Sin más ayuda que mis torpes manos, me lo pongo a ambos lados de la cabeza e intento darle forma de orejas. Poco a poco el sonido llega a ellas y, al final, consigo escuchar con claridad el agua del río.

Descubrir que yo mismo puedo dibujarme me llena de esperanza. Pero también me asusta. Él podría hacerme desaparecer de un brochazo. Sin más. Y ya ni siquiera sería nada.

El pintor trabaja en silencio. A mis oídos solo llega el tenue roce del pincel que aparece y desaparece sobre el paisaje. En una de estas,

llega cargado de marrón oscuro. Se cuelga tras el árbol que me protege y me mancha la cabeza. Justo encima de la oreja izquierda.

He debido de quedarme traspuesto. Con cuidado, saco la cabeza de detrás del árbol. Río abajo, el agua se pierde en el taller. Anochece tras el ventanal y la luz eléctrica está apagada, dejándolo todo en blanco y negro. Río arriba, en las montañas, el sol también tiende a oscurecerse. Antes de quedarme sin luz, me acerco al río para ver mi reflejo en las aguas. Las orejas son un desastre. Gordas y verdes. Sin embargo, la mancha que ha dejado el pincel sobre mi oreja es otra cosa. Ha conseguido unos mechones de pelo que, francamente, me favorecen bastante.

Desde aquel día no paro de trabajar. Recogiendo óleo para aplicármelo y definir mi figura. También me coloco estratégicamente para recibir las pinceladas que el artista reparte con devoción. Alguna vez me ha sorprendido en medio del lienzo. Entonces deja de pintar, se restriega los ojos, y yo salgo corriendo a esconderme. Le oigo murmurar, maldecir y volver a dar un trago de su inseparable botella.

A diario, antes del ocaso, busco mi reflejo en las cristalinas aguas del río. A veces, estoy contento con mi trabajo. Otras, en cambio, solo veo cosas por corregir. Pero no decaigo. Con errores o sin ellos, seguiré hasta el final.

Y así hasta que tanto el lienzo como yo estuvimos acabados. Escondido observo al pintor. Su cara, llena de satisfacción, contempla

la obra terminada. De pronto repara en la cuartilla abandonada en el cajetín. La coge, la mira. La dobla, la desdobla. Mira al cubo de basura y hace ademán de tirarla. Pero al final, extendida, la deja en el cajetín. Sonríe y abandona el taller.

A salvo de miradas indiscretas paseo por mi paraíso particular. Río abajo, río arriba. Pensando en el mañana. Y esta vez, río abajo, sigo de frente, sin dar media vuelta, hacia el taller. Hasta el borde del lienzo. Y de un salto, al cajetín. Me acerco a la cuartilla y, deslizándome sobre ella, me pego a su superficie.

-O-

Ha pasado mucho tiempo pero recuerdo aquel día como si fuera ayer. El pintor regresó al taller apurado. Había olvidado firmar el lienzo. Ajeno a mí, escogió un pincel de finas cerdas y, con pintura negra, estampó su nombre en una esquina. Fue entonces cuando me vio. Y no sé por qué decidí dejarme de disimulos. Con las palmas de las manos hacia arriba y los codos flexionados, me encogí de hombros. ¡Qué le íbamos a hacer! Para bien o para mal, existía.

Y no, no me puedo quejar. El pintor enmarcó la cuartilla y siempre me tuvo a su lado. Si estábamos solos en el taller, podía moverme por donde quisiera, incluso me colaba en los cuadros, estuvieran acabados o no. Y si teníamos visita, como ocurría a menudo debido al éxito de su obra, me quedaba quietecito en mi marco colgado de la pared. Muchos quisieron comprarme y él siempre se negó. Y le

advertían que estaba sin firmar, pero insistía en que yo no era parte de su obra. Fue nuestra gran discusión. Decía que en mi creación él apenas había intervenido y yo le rebatía diciendo que no, que en cualquier caso era un boceto suyo y que mis colores provenían de su paleta.

A su muerte legó el taller a su mejor discípulo y a mí empezaron a llamarme 'Autorretrato'. El joven aprendiz tiene talento pero le faltan años de trabajo para igualar al maestro. Intentaré echarle una mano aunque lo de esconderme tras los árboles ya no vaya conmigo.

L. Anciano